



Entrevista

María Isabel Puerta: “la investigación sobre el deterioro democrático debe estar entre nuestras prioridades.”

María Isabel Puerta es una profesora de Ciencias Políticas radicada en Estados Unidos. Fue profesora de Ciencia Política en la Universidad de Carabobo durante 18 años. Investigadora asociada en Gobierno y Análisis Político AC actualmente se dedica a la investigación en temas de Sharp Power en América Latina y los efectos del autoritarismo y el iliberalismo en comunidades exiliadas. Su trabajo se centra en el retroceso de la democracia, la experiencia autoritaria y populista en América Latina. Se interesa particularmente en el estudio de los regímenes híbridos, el autoritarismo, el iliberalismo, el populismo y la inmigración en América Latina. Ha publicado artículos sobre la influencia China y de Rusia en la región, y sus textos aparecen en revistas y foros como NACLA, PROGRAMA CUBA, Foro Cubano Revista de divulgación, Revista Demo Amlat, Democracia Actual, Development, Diálogo Político, Revista Espiral, Revista Mexicana de Análisis y Administración Pública, Revista Observatorio Laboral. Miembro de la Red de Polítologas, la Latin American Studies Association y APSA su voz es un referente hoy en América Latina por su trabajo académico y su compromiso cívico.



Isabel Puerta

Polítóloga, con estudios de Pre y Posgrado en la Universidad de Carabobo y la Universidad Central de Venezuela. Profesora de Política Internacional y Gobierno en el Valencia College (Estados Unidos). Secretaria del Comité Ejecutivo de la Sección de Estudios sobre Venezuela de Latin American Studies Association.

Miembro del Comité sobre el Estatus de la Facultad Contingente en la Profesión de la American Political Science Association y de la Red de Polítologas.

Has construido una trayectoria donde la condición académica y el origen nacional se cruzan. ¿Qué es para tí haber sido una joven politóloga venezolana en la era chavista?

Para nosotros el chavismo comienza con el golpe del cuatro de febrero (1992), estábamos en el cuarto semestre (segundo año) de la carrera, y claro, para nosotros eso fue un despertar desde el punto de vista personal como ciudadanos venezolanos, pero también desde el punto de vista de nuestra formación. Un despertar porque lo que recuerdo es que amanecimos conversando con el rector (de la universidad) preguntándole, ¿y ahora qué? Recuerdo, ya al final de nuestra carrera como politólogos jóvenes recién graduados estar en un país donde había una tremenda desconfianza hacia la política y los políticos.

Muchos de nosotros pensamos que íbamos a cambiar esa dinámica y entonces a partir del 98 nos involucramos, porque de alguna manera lo hicimos

“El iliberalismo se ha convertido en una nueva obsesión para mí porque al igual que pasa con el caso de Venezuela o el de Cuba y ahora Nicaragua, que ha habido un progresivo deterioro de la democracia (Venezuela y Nicaragua), y un fortalecimiento de las capacidades autoritarias del sistema que conforman junto con Cuba.”

no solamente yo, que comencé a ejercer la docencia casi de inmediato. Creo que eso actuó como un catalizador, de verlo como obligación de no solamente enseñar política, sino de participar. Entonces ahí se dio esa combinación, creo que de mi promoción- que fue la primera de la universidad-, un montón de egresados se dedicó a la política, no solamente a militar en partidos, tuve una compañera que fue alcaldesa.

Hubo gente que se dedicó a la política, a ejercer la política, por eso creo que fue muy positivo en ese momento, pero también eso me llevó a plantearme si nuestro rol como politólogos era el de ser activistas políticos, dirigentes políticos, o líderes políticos. Entonces tuve una época en la que milité en un partido político, fui parte de la directiva de un partido político. Después me dediqué a formarme, empecé la maestría en ciencia política, porque enseñar ciencia política fue una decisión personal. Creo que fue por mi formación que me vi en esa situación, otra persona, un ingeniero que decide participar en política no se va a ver en esa disyuntiva.

En tu obra académica y tu posicionamiento intelectual la comprensión y defensa de la democracia constituye una constante, casi una obsesión. ¿A qué atribuyes esa predilección?

Creo que se debe fundamentalmente a que mi primer amor, desde el punto de vista de la investigación, fueron las consecuencias del golpe de 1992 de Chávez y la erosión del sistema político, y su impacto sobre la democracia. Por ahí me fui, ese fue mi trabajo de grado, con el que seguí en la maestría, y me topé con las dificultades de hablar sobre el tema militar, sobre todo en un momento en el que era extremadamente delicado porque estamos hablando del período entre 2000-2004. Era sumamente complicado entonces, y me di cuenta de que tampoco, en mi caso, conocía a profundidad las debilidades y omisiones de las instituciones democráticas.

Entonces me fui por ahí, además porque no podía seguir trabajando lo militar, que era muy difícil, había muchas restricciones. La gente no hablaba, tenía miedo. Entonces dije vamos a ver qué es lo que hay detrás de todo este deterioro. Para mí se abrió un portal donde encontré muchas cosas que me interesaban y pienso que gran parte de la frustración que tengo ahora es que hay tanto con lo que podemos trabajar. Es decir, contrario a un contexto súper especializado, que es un error que muchas veces cometemos las ciencias sociales, encontré temas que se conectan.

Creo que hoy en día puedo decir que me obsesiona la democracia, primero porque creíamos que estábamos seguros, al menos en Venezuela, que no había peligro, y segundo, porque ahora mismo en Estados Unidos, estamos viendo que todos cometemos el error de creer que la democracia es algo sólido y que no requiere de su defensa o protección. Este momento, mucho más que antes, muestra la necesidad de entender lo que pasa, y requiere de un nivel de atención que no tuvimos en el pasado. Ahora sabemos que no podemos aguardar para actuar proactivamente, esperando que pase algo. Pienso que la investigación sobre el deterioro democrático debe estar entre nuestras prioridades.

En la actualidad estas insertada en espacios académicos de EE.UU., pero te has resistido a abandonar la colaboración con la universidad venezolana. ¿Cómo procesas semejante pertenencia híbrida?

Creo que por una parte la academia en Estados Unidos es muy cerrada y sobre todo cerrada para alguien como yo que tiene formación en el extranjero. No estu- dié en la universidad en los Estados Unidos, la única experiencia académica que tengo aquí fue la primaria que termine hace muchos años, entonces eso es nada. Este es un ámbito muy cerrado, que se ha ido reduciendo al extremo de que la figura de profesor contratado (adjunct), que no goza de estabilidad laboral, representa un 70-75% de la fuerza laboral en la educación superior.

Nosotros somos contratados temporalmente, de manera que la forma como yo logro sobrevivir académicamente es a través de lo que hago como investigadora, que no está asociado a una institución académica, porque los profesores contratados no tenemos espacio para este tipo de actividades. Para alguien como yo, que todavía se interesa por hacer investigación, mi conexión con Venezuela, entre otras áreas de interés, es central porque el trabajo sobre Venezuela me ha permitido hacer conexiones con Colombia, Nicaragua, Cuba, Rusia y China. Estoy hablando desde la relación que tienen con Venezuela las experiencias en estos países o su influencia, y eso me ha permitido seguir siendo parte de una comunidad muy selecta y muy cerrada. Este ha sido el eslabón que me ha permitido seguir desarrollando actividades académicas no solamente como profesora, sino, sobre todo, lo que más me interesa que es la parte de producción intelectual.

En tu pertenencia a la academia latinoamericanista, has llegado a cargos de elección en organizaciones tan importantes como LASA y APSA. Instancias que, al menos de forma declarativa, se identifican con una política, una sociedad y una universidad democráticas. ¿Qué desafíos políticos e intelectuales percibes tú desde la participación en esos espacios?

En LASA, a pesar de la polarización cuando se trata del tema venezolano, y especialmente tratándose de la academia en EE.UU., podemos encontrar miradas diversas sobre la realidad venezolana. Nosotros hemos logrado mantener un espacio donde no negamos que existan dichas diferencias, sino que conviven como miradas diversas que merecen ser escuchadas. Sin embargo, creo que esto no aplica para todos los miembros, sobre todo cuando se trata de casos como la realidad cubana. Allí nos encontramos con un tratamiento diferente que nos interpela a todos como organización.

En el caso de APSA, otra organización de académicos, tiene características propias de las instituciones académicas de este país. Sin embargo, en 2021 una persona vinculada con el intento de golpe de enero de ese año estaba previsto que participaría en el congreso de ese año. Un grupo significativo de gente muy relevante suscribió un documento en rechazo a dicha participación. Estas cosas me inquietan porque no se trata de silenciar voces, aquí estamos hablando de un episodio donde se atentó contra la democracia de este país, ¿cómo es posible que esa persona vaya a tener un espacio en el evento anual de la organización? Para mí esa fue una señal del estado en el que se encuentra esta democracia, porque no se trata de un debate sobre la libertad. Me inquieta que esta organización no tenga la capacidad para alzar su voz en defensa de la democracia, por temor a limitar la libertad de expresión.

Pienso que nosotros los académicos estamos llamados a ser defensores de la libertad de expresión, pero sobre todo, defensores del orden político-jurídico. Las dos organizaciones funcionan bajo el sistema americano, y quienes hacemos parte de éstas tenemos una enorme responsabilidad, no solamente en cuanto a la libertad académica, que está siendo amenazada, especialmente en el estado donde me encuentro, sino en general, porque va a terminar afectando a las otras capas de la sociedad.

Analizando tu obra de los últimos años aparece una segunda obsesión “los autoritarismos”. Has escrito sobre China, Rusia, Nicaragua, Cuba, y los peligros de regímenes iliberales y autoritarios para las democracias latinoamericanas. ¿Cuáles son los principales retos y desafíos que identificas para la democracia en la región?

El iliberalismo se ha convertido en una nueva obsesión para mí porque al igual que pasa con el caso de Venezuela o el de Cuba y ahora Nicaragua, porque ha habido un progresivo deterioro de la democracia (Venezuela y Nicaragua), y un fortalecimiento de las capacidades autoritarias del sistema que conforman junto con Cuba. Entonces lo que veo, por un lado, es que las poblaciones de estos países están completamente desasistidas, por la falta de solidaridad

“Hay una especie de complacencia y de permisibilidad porque hay un rédito económico, financiero y geopolítico donde no importa que Cuba, Nicaragua, y Venezuela se encuentren en esa situación. La preocupación por iliberalismo en América Latina es que por su naturaleza autoritaria nos interesa conocer el rol de las instituciones democráticas en la sociedad.”

“Estamos frente a una crisis donde se está normalizando la represión y el abuso de poder, mientras la región responde mirando para otro lado, con propuestas sobre la guerra en Ucrania, como la de Petro y López Obrador, mientras su patio está ardiendo con la represión de la gente en Cuba, Nicaragua, y Venezuela.”

hacia la lucha política en Cuba, Venezuela y Nicaragua. Se exponen al abandono, que, además, no permite percibir la profundidad de la penetración de actores iliberales como China y Rusia en Latinoamérica, no solamente con su presencia en Venezuela, Nicaragua o Cuba, sino que hay conexión con gobiernos latinoamericanos que no son autoritarios, y que no son de izquierda.

Hay una especie de complacencia y de permisibilidad porque hay un rédito económico, financiero y geopolítico donde no importa que Cuba, Nicaragua, y Venezuela se encuentren en esa situación. La preocupación por el iliberalismo en América Latina es que por su naturaleza autoritaria nos interesa conocer el rol de las instituciones democráticas en la sociedad.

Veamos lo que está pasando en El Salvador, que nosotros sabíamos que iba a pasar una vez que Bukele decidió ‘cortarle la cabeza’ al tribunal supremo, ya sabíamos lo que venía al menos los que somos cubanos, venezolanos o nicaragüenses. Entendemos entonces que la región de alguna manera con su silencio permite que esto pase inadvertido y yo creo que nosotros no deberíamos ser las únicas voces alertando sobre eso.

Me parece que lo más grave es que nosotros estamos en una conversación donde se menciona a Venezuela y Nicaragua, dejando por fuera a Cuba, y no pasa de ahí. Estamos frente a una crisis donde se está normalizando la represión y el abuso de poder, mientras la región responde mirando para otro lado, con propuestas sobre la guerra en Ucrania, como la de Petro y López Obrador, mientras su patio está ardiendo con la represión de la gente en Cuba, Nicaragua, y Venezuela. Aquí hay un problema en la región y nos hemos visto obligados a trabajar el tema iliberal porque estamos viendo que las opciones democráticas se están reduciendo ante la mirada cómplice de quienes guardan silencio. Estamos solos y si no alzamos la voz, nadie lo hará por nosotros.

